

SIEMPRE SE PUEDE

La primera vez que Laura escuchó la palabra discapacidad sabía montar en bicicleta, jugaba en el parque y corría detrás de su hermano mayor, sintiendo el mundo como un lugar alegre y seguro. Nació una mañana de primavera, en un parto sin dificultades, y durante sus primeros años de vida nada hacía presagiar que su historia tomaría un rumbo distinto al de otros niños de su barrio. Laura era activa, curiosa y sociable. Muy querida y atendida por sus padres, su familia y sus amigos del colegio. Creció sintiéndose una más, valorada e integrada allá donde iba.

La circunstancia sobrevenida llegó de manera inesperada, como suelen llegar las cosas que cambian la vida. Una enfermedad neurológica, rápida y silenciosa, alteró el rumbo de su cuerpo en pocos meses. Lo que comenzó como un cansancio extraño terminó en un diagnóstico que nadie esperaba. Perdió progresivamente la movilidad de las piernas. Los médicos hablaron de términos técnicos; ella, con apenas ocho años, solo entendía que su cuerpo ya no respondía como antes.

Sin embargo, en su casa no se instaló el alarmismo ni la sobreprotección. Sus padres decidieron que la discapacidad sería una circunstancia, no una condena. También en el barrio, sus amigos supieron adaptar los juegos. Todo ello permitió a Laura vivir una niñez plena, donde la silla de ruedas dejó de ser un símbolo extraño y pasó a ser algo cotidiano.

La educación que recibió le enseñó, entre otras muchas cosas, que cada obstáculo podía resolverse o, al menos, dar un nuevo enfoque, mucho más positivo. De este modo Laura aprendió a convertir su discapacidad en un estímulo para desarrollar su fantasía. Mientras otros niños actuaban de forma impulsiva, ella imaginaba primero. Desarrolló una inteligencia práctica y

creativa, y una capacidad de análisis que más tarde sería una de sus mayores fortalezas.

A los doce años ya había recibido grandes lecciones vitales, lo que le hizo madurar a una edad temprana. Cuando comenzó su adolescencia su cuerpo volvió a cambiar. Las comparaciones con los demás se volvían cada vez más frecuentes, intensas y crueles. Las conversaciones giraban en torno a fiestas, primeros amores y salidas improvisadas. Y fue entonces cuando comenzaron a aparecer las grietas más dolorosas.

Algunos compañeros, con la inmadurez propia de la adolescencia, empezaron a bromear sobre su discapacidad y a hacer comentarios hirientes: “pobrecita”, “qué pena”, “yo no podría vivir así”. No siempre eran ataques directos, a veces lo peor era sentirse invisible. En educación física, algunos compañeros suspiraban con fastidio cuando sabían que habría cambios por su presencia. En algunas excursiones escolares no había transporte adaptado, y más de una vez se quedó en casa mientras veía en redes sociales las fotos de sus amigos en la montaña o en la playa.

El golpe más fuerte llegó con el primer amor. Se enamoró de un compañero de clase, un chico atento que la hacía reír. Durante semanas intercambiaron mensajes, confidencias y miradas cómplices. Laura sintió que, por fin, su historia podía parecerse a la de cualquier otro adolescente. Hasta que una tarde ella le confesó lo que sentía, pero él la rechazó. Le respondió que no sabía si podía salir con alguien “como ella” y que tenía miedo a que sus amigos se burlasen. Laura volvió a casa con el corazón roto y lloró desconsoladamente.

La adolescencia fue su etapa más oscura. Hubo momentos de tristeza y abatimiento. Se preguntó si su infancia feliz había sido una excepción que nunca volvería a experimentar. Sin embargo, incluso entonces, algo en su interior resistía y, poco a poco, atravesó esa etapa.

La juventud llegó como un amanecer lento. Laura decidió que no quería esperar a que el mundo se adaptara siempre a ella, quería transformarlo o, al menos, intentarlo. Se unió a asociaciones de personas con discapacidad y descubrió que muchas de las historias que escuchaba se parecían a la suya: burlas, invisibilidad, rechazo...Pero también fuerza, valentía, adaptación y éxito.

Participó en charlas sobre acoso y discapacidad, defendiendo la dignidad y el respeto. Viajó. Conoció ciudades increíbles y personas maravillosas. Su vida volvió a llenarse de experiencias agradables y enriquecedoras, y la amargura de la adolescencia quedó atrás.

Con el apoyo constante de su entorno, llegó lejos. Estudió una carrera universitaria, especializándose en un ámbito donde su capacidad de análisis y resolución de problemas brillaba con luz propia. Pero si alcanzó metas inimaginables no fue solo por ese apoyo, fue, sobre todo, por su actitud.

Y entonces llegó el amor de nuevo. Esta vez no fue una ilusión adolescente, sino una relación construida desde la igualdad. Conoció a un hombre que la miraba a los ojos, no a la silla. Con él no había silencios incómodos, sino conversaciones, proyectos e ilusiones compartidas. La maternidad dejó de ser un “ojalá” y pasó a convertirse en una realidad. Y aunque el entorno volvió a hablar, pues algunas personas, al verlos de la mano, susurraban lo mismo que ella había escuchado años atrás: “pobrecita”, Laura supo dirigir su vida hacia sus metas, sin que nada ni nadie le hiciese daño nunca más. Había comentarios dirigidos hacia su pareja que eran muy inoportunos: “¿y tú no preferirías estar con alguien sin problemas?”; “¿estás seguro?”; “¿no es demasiado complicado?”, pero entendió que los prejuicios de quienes no entendían la discapacidad no era su lucha, su lucha era intentar alcanzar sus sueños.

Un día, tras escuchar de nuevo un “pobrecita” murmurado a su paso, comprendió que esa palabra ya no tenía poder sobre ella. No era pobrecita. Era profesional, amiga, hija, pareja, madre... pero, sobre todo, era libre.

Laura es luchadora, valiente y curiosa. Las burlas que un día intentaron reducirla terminaron haciéndola más fuerte. Cuando un proyecto parece complicado, no pregunta: “¿por qué yo?”, sino: “¿cómo lo hacemos?”. Su discapacidad no desapareció, pero dejó de ser el centro de su identidad. Es una característica más, no una etiqueta que la defina.

Con el tiempo, aprendió a aceptar su discapacidad como algo natural. No fue un proceso inmediato ni sencillo. Hubo días de cansancio y de rabia. Pero también hubo días de orgullo. Comprendió que su cuerpo le había regalado una mirada distinta sobre el mundo. Le enseñó empatía, creatividad y resiliencia.

Hoy se siente querida y aceptada. Tiene amistades sólidas, un trabajo que la apasiona y una familia maravillosa. Laura sabe quién es y dónde pertenece.

Cuando piensa en su trayectoria de vida, no la divide en antes y después de la discapacidad. La concibe como un todo, una historia donde la felicidad infantil, la dureza adolescente y la fuerza adulta se entrelazan. Laura tiene la convicción de que la vida no se mide por los pasos que se dan, sino por la determinación con la que se avanza. No eligió la circunstancia que transformó su cuerpo, pero sí eligió, cada día, cómo enfrentarse a ella. Su aprendizaje vital fue el que quiso inculcar a su hija. A pesar de la dureza de la labor de crianza, se siente orgullosa de haber podido transmitirle valores como el respeto a la diversidad, el respeto a los demás, pero sobre todo, el respeto a sí misma.